

Folkloristas asturianos: Aurelio de Llano

Fabri del Folklore y *Ballad Books and Ballad Men* son títulos de dos libros espléndidos —obra de P. Toschi y de S. Hustvedt— que difícilmente hubieran podido escribirse en España. Entre nosotros parece haberse dado siempre por supuesto que el folklore o la literatura oral son algo que, sencillamente, «está ahí», y que hasta cierto punto es irrelevante cómo y cuándo se decidió fijarlo por escrito, y quién tuvo a bien hacerlo, por qué motivos, o de acuerdo con qué criterios. Nada más frágil, sin embargo, que la cultura oral; nada, también, que dependa en tanta medida de la personalidad individual de sus cultivadores, de sus intereses intelectuales y preferencias estéticas. Consecuentemente, la literatura oral de que disponemos es casi siempre un resultado aleatorio, producto de lo que en ciertos momentos interesó a determinados hombres, sea como parte esencial de su paso por este mundo o como simple actividad transitoria y más o menos diletante.

Pero además de la dificultad de admitir que el conocimiento de algo tan importante —según ha llegado a darse por sentado— como son las «raíces culturales» de un pueblo pueda depender de entusiasmos y de impulsos (respetables o no), o de simples «caprichos» individuales, hay otra razón por la que es difícil imaginar una obra con el título de «*Artífices del Folklore... español*» o el de «El Romancero y sus hombres». Y la razón es que la imagen de esos individuos, los «folkloristas», no ha gozado habitualmente de un estatuto muy alto dentro de las representaciones colectivas de los valores y prestigios que los españoles se trazan de sus intelectuales. Sin duda hay buenos motivos para que ello sea así. Muchos de tales «folkloristas», «demólogos» y eruditos «locales» ofrecen una personalidad gris, desequilibrada a veces, e incurrían en los vicios del particularismo más cerrado, antagónico con las prendas de apertura y universalismo que se supone que deben adornar al verdadero estudioso o intelectual. En fin, es un hecho que incluso a quienes fueron eminentes folkloristas *inter alia* se les recuerda más bien por el *alia*. En suma, lo recogido o sacado a luz por el folklorista nos parece siempre más valioso y digno de atención que el folklorista mismo. De nuevo, es posiblemente muy justo que ello sea así, y los «Folklore Men» españoles

tampoco han aspirado —explícitamente al menos, pese a todas sus habituales vanidades— a que las cosas fueran de otro modo.

Si, a pesar de lo dicho, no creemos del todo inútil trazar una galería de folkloristas españoles, en semblanzas más o menos «ideales», la justificación está en algo que ya queda apuntado: la distinción entre lo recogido por el folklorista, por una parte, y la personalidad y la biografía del folklorista mismo, por otra, no remite a realidades independientes. Hay una justificación adicional: la personalidad de quienes han estudiado el Folklore, la forma en que lo han hecho y el modo cómo otros o ellos mismos han utilizado sus materiales, han incidido de rechazo en la consideración que el Folklore ha merecido posteriormente en la conciencia cultural y en los medios intelectuales del país.

A título de ensayo, nos centraremos inicialmente en algunos hombres de letras que contribuyeron a la recolección de, entre otros géneros de la cultura popular, el Romancero en Asturias. Esta región nos ofrece, acaso, un mayor lapso temporal y una variedad mayor en tipos humanos de folklorista que las demás de la península, si se exceptúan Cataluña y Portugal. En lugar de seguir un orden histórico, comenzaremos la galería en dos folkloristas —Cienfuegos Rico y Aurelio de Llano— muy distintos, tanto en su etopeya como en la importancia de su labor, pero que coinciden en haber sido testigos de un fin de época en el estudio de la cultura tradicional asturiana; es decir la época a cuya imagen de Asturias se pone término violentamente con los acontecimientos de la Revolución de octubre de 1934 y de la inmediata guerra civil española. Quienes vivieron esos años fueron conscientes de la fractura que se había producido en todos los órdenes; y para quienes tenían determinados referentes culturales se impuso de forma casi automática un rótulo que caracterizaba lo que estaban viendo: «La aldea perdida». El título de la obra de Palacio Valdés —un superviviente que todavía alcanzó a escribir una carta-prólogo para un libro de Cienfuegos— cobraba nuevo sentido para quienes creyeron que el fin de la contienda daría lugar a una «restauración» de la Arcadia abolida, pero servía sobre todo para definir la conciencia de que nada volvería a ser como antes.

* * *

Los materiales, muy importantes para el Romancero de Asturias, recogidos por el folklorista Aurelio de Llano deben integrarse dentro de las encuestas promovidas por Menéndez Pidal, en las décadas de 1910 y 1920, a través del Centro de Estudios Históricos. Aunque Llano no estaba personalmente vinculado al Centro, y sus trabajos de campo no contaron en un principio con apoyo de institución pública alguna, el hecho es que sus investi-

gaciones folklóricas fueron producto en muy buena parte del estímulo de Menéndez Pidal y de la relación estrecha de Llano con la persona cuyo magisterio aceptaba sin discusión; un magisterio al que recurría de forma continua a través de una asidua correspondencia con preguntas de toda índole, y a través de visitas frecuentes, en Madrid o Asturias. El propio Llano lo reconoció así, y en carta de 1923 decía a Pidal:

Toda mi labor es debida al impulso que me dio Vd. en 1919 [...] Quedo temblando de miedo por si no le gusta a Vd. mi trabajo ¹.

En efecto, Aurelio de Llano (1868-1936) llegó tardíamente a los estudios folklóricos y era natural que se moviese en ellos con cierta inseguridad. Al margen de la actividad de campo, para la que se hallaba especialmente bien dotado, tuvo que hacerse en poco tiempo con todo un bagaje metodológico y comparatista que le permitiese clasificar e interpretar los materiales que recogía. Tuvo también que corregir, y no lo consiguió nunca del todo, cierta tendencia a la lucubración etno-histórica y, sobre todo, a la supervaloración de sus propias capacidades como folclorista y estudioso, además de la convicción acrítica de que no había nada superior al folklore de su región y, dentro de él, a los materiales que él mismo recogía. No es uno de los menores méritos de Menéndez Pidal el haber sabido orientar fructíferamente el entusiasmo de personas que, como Llano, hubieran podido derivar en la exaltación de un simple localismo estéril y precientífico. La guía de Menéndez Pidal, unida al buen sentido del propio Llano, fue decisiva para llevarle a poner el acento en la recogida de materiales con el mayor rigor posible, y limitar al mínimo tanto las expansiones retóricas como la búsqueda de conexiones y antecedentes remotos.

Antes del inicio de sus actividades como folclorista, Llano se había dado ya a conocer como autor de obras que tenían relación indirecta con su profesión de Ayudante facultativo de Minas y Fábricas metalúrgicas. En 1906 publica *Hogar y Patria. Estudio de casas para obreros*, buen ejemplo de filantropía práctica aplicada a resolver los problemas sociales, «dignificando y mejorando la condición de los pobres»; en 1914 salía *Ciencia popular*. Más adelante se interesó por la historia de la arquitectura y escribió una monografía sobre uno de los más notables monumentos del románico asturiano, *La iglesia de San Miguel de Lillo* (1917); sus conocimientos como topógrafo y su experiencia en dibujar planos le servirían también de ayuda

¹ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 24-XII-1923 (Archivo Menéndez Pidal, en lo sucesivo AMP). En el mismo sentido se expresa en el prólogo a los *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*.

cuando poco después emprendió trabajos de arqueología con autorización oficial y a sus expensas, aunque amparado en el título de «delegado regio de Bellas Artes de la provincia de Oviedo». En 1917 comenzó a excavar los castros de Caravia y Colunga, obteniendo resultados que, según Llano, desmentían lo afirmado por los geógrafos griegos y romanos acerca de la civilización de los primitivos astures². Ese mismo año publicaba *El libro de Caravia*, que además de tratar la geografía, la prehistoria e historia, y la agricultura, incluía unas secciones amplias dedicadas al folklore y las costumbres del concejo. A raíz de ese libro, recibió Llano la carta de Menéndez Pidal con la sugerencia inicial de que dedicara su atención a la recogida de cuentos tradicionales:

En España apenas hay nada recogido de estos cuentos populares y usted, que tiene dotes de narrador, podía hacer una colección utilísima y preciosa, ahondando un poco en la tradición asturiana y recorriendo unas cuantas aldeas. Podría usted hacer una publicación, una colección de cuentos con sus variantes escrupulosamente escogidas [*sic, suponemos que por* recogidas], que tuviese valor de exactitud folklórica, es decir un material escogido [*ídem*] con fidelidad científica. Si usted se animase a esta tarea, haría un buen servicio a la ciencia y a las letras patrias³.

La siembra no cayó en mala tierra; Llano contestó de inmediato mostrándose dispuesto a iniciar la tarea⁴, y así lo hizo. Desde entonces hasta

² Con su habitual autocomplacencia, siempre que se refería a sus propios hallazgos, habla Llano de sus investigaciones arqueológicas en una conferencia de 1920, «Del Folklore asturiano», publicada el año siguiente, pp. 5-8. De las excavaciones en el castro de su pueblo natal trata en *El libro de Caravia* (Oviedo, 1919), pp. 34 y ss., y anunció un estudio específico que titulaba «Los Castros de Caravia y Colunga» o «Los castros asturianos», que al parecer no llegó a publicarse. Anunció también como obra en preparación una «Monografía del puerto Suevo, bajo los ocho aspectos siguientes: topográfico, geológico, mineralógico, artístico, forestal, histórico, pecuario y turístico».

³ A. de Llano reproduce este párrafo de la carta de Menéndez Pidal en *Del Folklore asturiano* (Oviedo, 1919), p. 9, y alude a ella en otros lugares, como el prólogo a *Cuentos asturianos...* (Madrid, 1925).

⁴ «Su carta me anima a prepararme para hacer lo que Vd. me aconseja: publicar una colección de cuentos.» En los párrafos que siguen muestra no estar aún muy al corriente del género del cuento popular sobre el que se disponía a trabajar: «Pero éstos [los cuentos] están muy rebuscados; los cuentos asturianos, como Vd. sabe, son casi todos de Juanes y Marías, y de curas. Tengo en cartera algunos muy bonitos, de encantos, en los cuales figura la Virgen. Mucho le agradeceré me diga cuáles he de utilizar de los que figuran en mi libro de Caravia.» A. de Llano a R. Menéndez Pidal, 29-VIII-1919 (AMP). Al término de sus encuestas, el mismo Llano pudo comprobar fácilmente que los cuentos de Asturias no eran «casi todos de Juanes y Marías, y de curas», y que en los de encantamiento no tenía por qué figurar forzosamente la Virgen María.

1925 el entusiasta folclorista realizó, y con una intensidad que carecía de precedentes en Asturias, un trabajo de campo que cubrió casi todas las áreas geográficas de la región. Pero Llano no limitó sus trabajos de recogida de materiales a los cuentos populares; simultáneamente, anotaba todo lo que halló sobre canción lírica breve, romances, supersticiones y costumbres; y, lateralmente, acopió datos lingüísticos con idea de publicar unas adiciones a los diccionarios existentes del bable, además de insistir en sus indagaciones arqueológicas. Resultado de este trabajo son tres libros de contenido estrictamente folklórico que se publican casi seguidos: *Del Folklore asturiano: Mitos, supersticiones, costumbres*, en 1922; *Esfoyaza de cantares asturianos. Recogidos directamente de boca del pueblo*, en 1924; y *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, de 1925. A ellos se añaden los estudios sobre léxicos jergales en Asturias, publicados en esos mismos años ⁵, y posteriormente un extraño libro de conjunto, *Bellezas de Asturias, de Oriente a Occidente*, de 1928, que además de aspirar a ser la *summa* de todo lo notable de la región en todos sus aspectos, desde la historia a lo turístico, era también en cierto modo la crónica de los viajes folklóricos de Aurelio de Llano en busca de sus materiales para las obras anteriores.

Para todos los libros de contenido más ceñidamente folklórico, y no sólo la colección de Cuentos, Llano recurrió de forma continua al consejo de Menéndez Pidal y le formulaba todo tipo de consultas. Así, sobre el primer libro de la serie escribía:

Tiene Vd. razón al decirme que las costumbres no pueden ir separadas de los mitos. Y, a propósito de esto: encuentro algunas dificultades para separar el mito de la superstición, porque a veces parece que el asunto participa de las dos cosas. ¿Es mito la bruja y la huestia?

En las costumbres, ¿debo de incluir la *fila*, la *esfoyaza*, el *maguestu* y los bailes que figuran en *El libro de Caravia*? ⁶.

Sobre la primera consulta, Pidal anotó en borrador un criterio de distinción que a Llano le fue útil para organizar sus materiales:

Podemos establecer como división práctica: *Mito*, cuanto se refiere a la explicación de la naturaleza y sus fenómenos (la huestia); *Superstición*, cuantas prácticas tienden a repeler el daño o a captar el provecho.

⁵ *Dialectos jergales asturianos. Vocabulario de la 'xiriga' y el 'bron'* (Oviedo, 1921); *Vocabulario de la 'tixileira'. Dialecto jergal asturiano* (Oviedo, 1924).

⁶ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 14-XII-1921 (AMP).

Pocas semanas después Llano informa de haber acabado ya la preparación de la obra. Como de costumbre, no es el exceso de modestia lo que caracteriza a don Aurelio:

He terminado de escribir *Mitos, supersticiones, costumbres*. Lo estoy pasando a máquina: resultan cerca de 400 cuartillas. Estoy muy satisfecho de mi obra [...]. Mucho de lo que trata este tomo afecta a la Historia de España. Le ruego me diga si la Academia tendrá a bien leer el manuscrito ⁷.

El libro se publicó con prólogo de Menéndez Pidal y tuvo excelente acogida. Pronto, en 1928, Llano pensaba ya en una reedición ampliada, y fue don Ramón una vez más el destinatario de los proyectos del emprendedor folklorista:

Aquí me tiene Vd. mano sobre mano, recordando la actividad mía, de 1918 a 1925, corriendo por los pueblos detrás del folklore.

Tengo materiales preciosos para refundir mi obra *Del folklore asturiano* (agotada hace más de dos años), la que se puede enriquecer con notas comparativas, 10 ó 12 fotografías de tipos astures, bailes, etc. Resultaría una obra interesantísima; nada de consideraciones generales sobre la materia; otros las harán. ¿Querrá el Centro de Estudios Históricos publicar esta obra? ⁸.

Por desgracia, la reedición no pudo realizarse en vida del autor y las reimpressiones que se hicieron ya después de la guerra civil no incorporaron las adiciones que Llano deseaba incluir.

El segundo libro de la serie, el destinado a la canción lírica, es otra copiosa colección de materiales que junto a los cantares agrupados con un criterio mixto (temático y funcional) a la manera de Rodríguez Marín, incluía también secciones dedicadas a las rimas y juegos infantiles, adivinanzas, refranes, etc. Menéndez Pidal fue en esta ocasión quien le sugirió un título para la obra que el autor se apresuró a aceptar:

El título de este libro no puede ser más asturiano. *Esfoyaza de cantares* = *esfoyar* cantares, que es lo mismo que deshojar flores campestres. ¡Muy bonito! No sé cómo fue Vd. a dar ahí. A mi jamás se me hubiera ocurrido. Y cuidado que habré asistido a esfoyazas. Gracias por todo ⁹.

La obra de mayor entidad, y la que Menéndez Pidal siguió más de cerca fue, sin embargo, la colección de *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, es decir la primera que Llano emprendió pero que resultó también la más laboriosa y apareció al final de sus libros de «Folklore». Llano,

⁷ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 20-II-1922 (AMP).

⁸ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 18-X-1928 (AMP).

⁹ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 7-III-1924 (AMP).

como indicábamos ya, tuvo en muy breve tiempo que ponerse al corriente sobre un género de literatura oral del que desconocía prácticamente todo lo que no fuesen experiencias empíricas como atento oyente de cuentos populares. Para sus lecturas de las grandes colecciones clásicas de cuentos europeos y orientales recurrió, una vez más, a su amigo de Madrid, y le daba puntual noticia de sus progresos en ese terreno. No faltan tampoco en sus cartas las ingenuidades ni los osados juicios de valor sobre la excelencia de todo lo asturiano, que el folclorista acostumbraba manifestar tan pronto como creía posible establecer comparaciones; unas comparaciones que para Llano nunca eran odiosas:

Leí los cuentos de los hermanos Grim [*sic*]; entre los míos hay tres casi iguales a los de aquéllos. Los cuentos de Grim los encuentro estropeados y alguno de ellos está compuesto de dos cuentos. Los míos son mejores, son más interesantes que los alemanes. Lo peor es si son temas de algún libro que yo no pueda encontrar; esto me asusta. Mañana empezaré a leer los cuentos de las Mil y una noches. Y si en ellos no hay temas como los que yo recogí, entonces vamos bien. Encontré un tema muy hermoso de Polifemo y otro de la Cenicienta; este cuento es más bonito que el de Perrault ¹⁰.

A Pidal hubieron de asustarle algo las concepciones sobre la difusión del cuento folklórico que se revelaban en cartas como ésta, y debió de aconsejarle a su amigo la consulta de diversas colecciones medievales y modernas. Algún tiempo después, Llano informaba ya de tener en sus manos la colección de *Contes populaires de Lorraine*, de E. Cosquin, el *Fabulario* de Mey, y el *Libro de los Exemplos*; y había encargado ediciones del *Calila e Dimna* (que finalmente le fue enviado por el propio Menéndez Pidal ¹¹), el *Libro de los engaños*, y otras ¹². Llano recibió también de Menéndez Pidal referencias de algunos estudios, como los de Consiglieri Pedroso y Stanislas Prato ¹³, que trataban cuentos presentes en la tradición asturiana; y a través de don Ramón entró en contacto directo con uno de los más destacados representantes de la escuela finlandesa o «histórico-geográfica», Walter Anderson, que por entonces preparaba una de sus más célebres monografías, la dedicada al cuento de Hildebrand. Por mediación de Menéndez Pidal, Llano envió en 1923 las dos versiones del cuento recogidas por él en Asturias, que serían incluidas por Anderson como los únicos textos hispánicos modernos de ese cuento de amplia difusión en toda

¹⁰ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 6-X-1922 (AMP).

¹¹ Llano agradece el envío en carta del 20-XI-1923 (AMP).

¹² A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 12-XI-1923 (AMP).

¹³ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 23-I-1924 (AMP).

Europa y en América ¹⁴. Por otra parte, Pidal debió de manifestar en algún momento sus temores a que Llano revistiera los cuentos de un lenguaje excesivamente literario, y hubo de aconsejarle la máxima exactitud y sobriedad; el folklorista le tranquilizó asegurando transcribir fielmente los cuentos y limitarse al «esqueleto del asunto» ¹⁵.

Una vez terminadas las encuestas y la transcripción de los textos, realizadas con muy notable rapidez, quedaban aún algunas cuestiones pendientes, entre ellas la clasificación del material:

Ayer he terminado de escribir los cuentos; vayan con Dios. Son 155 [que en la edición se aumentaron hasta 200]. Hacen un volumen en 4.º de unas 430 páginas. Creo que la colección es interesante.

Ahora me entra la tarea de la clasificación. La que hace Espinosa ¹⁶ no me convence; salió del paso como pudo; por ejemplo, el cuento 33, donde un cura anda con una mujer casada, lo clasifica como cuento *humano* y para mí es un cuento picaresco. El que yo le mandé a Vd. para el profesor de Estonia ¿es humano o picaresco? ¹⁷

Además de contestar a preguntas puntuales como ésta, Menéndez Pidal envió a Llano un esquema general de clasificación, que su amigo aceptó ¹⁸.

¹⁴ El libro del estudioso radicado entonces en Estonia tardaría aún unos años en publicarse: W. ANDERSON, *Der Schwank vom alten Hildebrand: eine vergleichende Studie*, «Acta et Commentationes Universitatis Tartuensis», B. XXI-XXIII (Dorpat: K. Matiesens, 1931). Sobre este cuento en la tradición hispánica, cf. J. A. CID, «*Peru Gurea* (EKZ, 115), *der Schwank vom alten Hildebrand*, y sus paralelos románicos (Arne-Thompson, 1360C)», *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo*, XIX (1985), pp. 289-353. Las versiones asturianas las incluye Anderson, pp. 100-101; son las que Llano publicó, núms. 109-110, junto con una nota facilitada por Anderson «para honra de mi colección de cuentos asturianos», reproducida íntegra (pp. 192-193).

¹⁵ «Para un Álbum que se va a publicar con el objeto de obtener recursos para ayudar a los que sufrieron con la catástrofe de Grado, me han pedido un trabajo y les di uno de los cuentos que recogí. Se lo envió a Vd. para que tenga la bondad de decirme si es así como debo de darlos. Me parece que el esqueleto del asunto está completamente desnudo», A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 14-I-1922 (AMP).

¹⁶ Se alude a la colección de Aurelio Macedonio ESPINOSA, *Cuentos populares españoles, recogidos de la tradición oral de España...*, publicada por primera vez en 1923-1926, en Stanford. Llano sólo conocía, por tanto, el primero de los tres volúmenes.

¹⁷ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta ya citada de 12-XI-1923 (AMP).

¹⁸ «En la clasificación que Vd. me da entra la mayor parte de mi material. Mi colección es complicadísima», A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta ya citada de 12-XI-1923 (AMP). Menéndez Pidal anotó a lápiz un borrador de esa clasificación, que en algunos apartados contenía distintas subdivisiones ('marido burlado', 'amante burlado', 'defectos femeninos' 'moral astuta', 'moral piadosa', etc.) en las categorías adoptadas finalmente por Llano.

Finalmente, don Ramón hubo de proporcionar un título al libro, que fue necesario alterar para evitar que fuera el mismo de una obra de Cabal, y consiguió que la colección fuera publicada por el Centro de Estudios Históricos. Esta última petición de Aurelio de Llano, insatisfecho con el editor madrileño de alguno de sus libros anteriores, le fue formulada a Pidal en noviembre de 1923, recordando una oferta anterior¹⁹; y dos meses más tarde pudo comunicarle ya a Llano el resultado positivo de su gestión²⁰.

El libro se publicó en 1925, inaugurando una serie nueva de publicaciones del Centro, el «Archivo de Tradiciones populares», y es preciso reconocer que el esfuerzo de Llano y, también, la paciencia de Menéndez Pidal, valieron la pena. Los *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral* forman una colección espléndida, además de ser la primera compilación amplia de un corpus regional de cuentos orales que se publicaba en España con garantías suficientes de fidelidad²¹. El valor de los textos no sufrió ningún menoscabo por las «notas comparativas» añadidas al pie de algunas versiones; tales notas, muy discretas por lo general, se limitaban a señalar conexiones literarias y paralelos con otras colecciones de cuentos europeos. Llano redujo, pues, esas notas que preveía mucho más amplias, y renunció también a redactar la amplia «Introducción general» que tenía prevista en un principio. No parece que sea precisa mucha perspicacia para deducir que detrás de esa renuncia se hallaba una vez más la sugerencia de su «querido amigo y maestro», como encabezó alguna de sus cartas.

*

¹⁹ «Un día me dijo Vd. que los cuentos quizá me los publicaría el Centro de Estudios Históricos. Yo no sé en que condiciones publica libros el Centro; pero yo, desde luego no quiero nada por mi trabajo, sólo exigiría 30 ó 40 ejemplares. A lo que no renuncio es a la propiedad de la obra. Este libro es de venta seguro [*sic*]; el Centro recogería pronto el capital invertido y sus intereses», A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta ya citada de 12-XI-1923 (AMP). Menéndez Pidal anotó en la misma carta: «Le digo que si cubría gastos el resto sería para él.» Llano debió de quedar satisfecho de la edición de los *Cuentos*, en verdad magnífica, realizada por el Centro en la imprenta de Caro Raggio, y propuso a Menéndez Pidal (como hemos visto más arriba) que la misma institución reeditase *Del Folklore asturiano: Mitos, supersticiones, costumbres*.

²⁰ Llano lo agradece en carta del 7-III-1924: «Mi querido amigo, acabo de llegar de Caravia y me encontré con su carta. No sabe Vd. la alegría que recibí al ver que el Centro publica mi obra. ¡Cuánto se lo agradezco a usted! Gracias.»

²¹ Es injusta, y abusiva además de inexacta, la afirmación de M. J. Canellada de que «por desventura» los cuentos de Llano están todos «vertidos al castellano»; más abusivo aún resulta el intento de «restaurar» algunos de esos cuentos a un determinado modelo del bable central, como hace esta autora en una antología de *Cuentos populares asturianos* (Gijón: Ayalga, 1978), en la que no se muestra mucha finura ni acierto en el criterio de selección, ni muy sólidos conocimientos sobre el género.

Los romances anotados por Aurelio de Llano fueron recogidos en las mismas excursiones y encuestas que le proporcionaron los materiales para sus otros libros de temas folklóricos asturianos. Al contrario que en los otros casos, Llano no se propuso publicar una colección de romances, y fue remitiendo a Menéndez Pidal copias de los textos que reunía, con destino al «Romancero General Español», es decir el futuro *Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas*. Ya había publicado algunas versiones en *El libro de Caravia*, entre ellas algunas de las que forman la pequeña colección formada por su padre, Pedro de Llano²², pero será a partir de 1920 cuando emprenda su actividad como recolector a petición de Menéndez Pidal.

Al principio, no parece que Llano supiera con claridad qué criterio debía emplear al enfrentarse al Romancero; el valor de las variantes y versiones distintas del mismo tema no lo apreciaba correctamente, y por sus respuestas a cartas de Menéndez Pidal se deduce que éste hubo de proporcionarle instrucciones precisas, además de facilitarle la lista de temas e *incipit* preparada por María Goyri, y de preguntarle qué es lo que conocía exactamente sobre el Romancero de Asturias. Al acusar el recibo, Llano respondía:

Recibí la hoja con desiderata de romances. Mucho me alegra que me envíe el folleto que me indica.

Le diré lo que sé de romances. Tengo y leí detenidamente *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez y Pelayo, *Poesía popular*, de su hermano [la *Colección de los viejos romances* de 1885, publicada por Juan Menéndez Pidal], y algo de lo que escribió Amador de los Ríos acerca de los romances asturianos²³.

Pero al recibir el «folleto», es decir un sobretiro de los *Romances que deben buscarse en la tradición oral* de M. Goyri, Llano no parece haber entendido bien cuál era la función de esa lista, y en carta posterior daba cuenta de sus dudas:

Para que yo no pierda tiempo, le ruego que me diga si de los romances que le envío no publica más que aquellos que tengan alguna variante. Pregunto esto porque el folleto que Vd. me mandó me desorienta. ¿No hay que buscar aquí más que los romances indicados en dicho folleto?²⁴

²² Cf. *El libro de Caravia* (Oviedo, 1919), pp. 197-200; otros textos fueron anotados antes, en 1917, y a alguna de 1918 se refiere M.^a Cristina GARCÍA ÁLVAREZ, «Romances asturianos recogidos de la tradición oral. Manuscrito de Aurelio de Llano», *Archivum* XXXIII (1983), pp. 421-435, con noticias sobre el conjunto de la colección de Llano.

²³ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 21-VIII-1920 (AMP).

²⁴ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 12-IX-1920 (AMP).

Afortunadamente, Llano debió de recibir indicaciones de que a Menéndez Pidal le interesaban todas las versiones, por mínimas que fuesen las variantes, y que uno de los propósitos de la lista de María Goyri era, precisamente, fomentar la recogida de romances no documentados hasta entonces. Llano accedió, pues, a recoger versiones distintas de los «mismos» romances, aunque en ocasiones se limitó a anotar sólo los versos que le parecían más «nuevos» respecto a las versiones que tenía ya recogidas.

En sus cartas, al paso que informa sobre los romances que encontraba, Llano se complace en revivir animadamente algunas situaciones de sus encuestas. A veces traza cuadros costumbristas y no nos resistimos a transcribir algunos párrafos, por lo que tienen de ilustrativo acerca de la vida del Romancero en Asturias, y, también, acerca de la personalidad de Aurelio de Llano:

La recitadora de los romances que le envié últimamente me dijo que sabía uno de Gerineldo. ¿Será la 2.ª parte que Vd. desea? He de ir allá para que me lo recite.

No lo recogí el otro día, porque con esta mujer me ocurrió una cosa muy curiosa. Le pregunté que si sabía romances, y me contestó:

—¿Qué sé yo qué son romances!

Y le recité uno.

—¿Eso son romances? ¡Madre! ¡Cuántos sé yo de esos!

—Pues esta tarde me los recitará usted ¿verdad?

—Veremos..., si me acuerdo sí.

Por la tarde, mandé a un chico a casa de la mujer para ver si quería ir a la tienda donde yo estaba, y contestó que no podía ahora. Le pasé otro recado y dijo:

—Tengo una cerda mala y tengo que da'i malves; ¡el diablu del señor, que venga acá si quier'!

Y delante del animalito copié los romances; la vieja recitaba y al mismo tiempo revolvía el agua en el duernu para que las malvas no posaran...

Y el romance de Gerineldo no quiso recitarlo; dijo que estaba cansada. Pero volveré allá.

Fui a las majadas y dormí en las cabañas con los pastores. Un pastorcito me recitó más de seis romances y algunos cuentos. En una majada [en Ponga] encontré como unos 25 pastores y pastoras leyendo el Quijote, Gil Blas de Santillana y Hernán Cortés [...].

En ningún pueblo han puesto reparo en contarme lo que sabían. Jamás encontré con personas que me pidieran dinero por facilitarme cuentos o romances. Suelo gratificar a los niños, pero sus padres se oponen a ello.

Me divierto en grande; voy de pueblo en pueblo como los *probes*; no llevo conmigo ni siquiera un palo; solamente llevo por equipaje dos lapiceros y los

cuadernos. El otro día me cogió una gran nube en una cañada y tuve miedo; me resguardé del agua en la *cobicha* de un castaño.

Acabo de regresar del Occidente astur. Estuve por allá cerca de un mes. Recorrí desde los Oscos, siguiendo la cuenca del Navia y la del Ibias para salir por la montaña de Rañadoiru a Cangas de Tineo. Por aquellos montes, me alimenté con nabos y pan de centeno. Hice el recorrido a pie; hubo día que anduve 10 horas de camino; vine deshecho. Pero traigo cosas interesantísimas.

En Arenas [de Cabrales] encontré una gran recitadora, María Fernández Díaz; me dijo que sabía un *cestu* de romances; no tuvo tiempo para recitarme más que los adjuntos, pero como yo he de volver allá, haré que vuelque el *cestu* ²⁵.

Los propósitos de Llano de actuar como folklorista «de amplio espectro» y recoger simultáneamente materiales de géneros muy diversos determinan en buena medida los resultados que obtuvo en lo que atañe al Romancero. En primer lugar, es claro que su rica colección de romances hubiera sido mucho más abundante aún de haber dedicado una atención mayor, que no monográfica, a la poesía narrativa. En los cuatro años en los que realizó sus encuestas fundamentales, Llano recogió materiales de 250 lugares distintos de la provincia, y tenía toda la razón al afirmar que «por ahora, soy el que ha recorrido más tierra asturiana para inquirir cosas del saber popular» ²⁶. El número de versiones de romances recogidas (c. 225, incluyendo las de años posteriores) es corto en relación con el de puntos de encuesta visitados por Llano, y se advierte que sólo en un pequeño porcentaje de ellos se ocupó de explorar a fondo la tradición del Romancero; tampoco recurrió a una pluralidad grande de informantes, que suelen reducirse a dos o tres, como máximo, en cada aldea, y casi nunca anotó en cada lugar más de una versión del mismo romance. Son fácilmente comprensibles estas limitaciones, puesto que Llano, por una parte, concedía atención preferente a sus obras más personales: el cancionero, los mitos y leyendas, y, sobre todo, los cuentos; y, por otro lado, no tenía a su alcance más instrumentos que el lápiz y sus cuadernos. Es bien sabido lo laborioso que resulta tomar al dictado relatos en prosa extensos, y siempre que hallara buenos narradores de cuentos, más escasos por lo común que los recitadores de romances, tendría que dedicar la jornada completa a anotar materiales del género folklórico más difícil de documentar y más lento de transcribir. Súmese a ello que Llano no atribuía a la recogida de versiones

²⁵ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, cartas de 11-VII-1920, 12-IX-1920, 30-III-1921, 14-XII-1921 y 24-III-1923 (AMP).

²⁶ Prólogo a *Esfoyaza de cantares asturianos*, p. x.

distintas la misma importancia que Menéndez Pidal; aunque corrigió en parte su perspectiva inicial, no veía necesidad de anotar todas las versiones posibles de los romances ya recogidos.

Llano anotaba los romances en sus cuadernos, juntamente con el resto de los materiales que recogía de cada informante en cada lugar visitado; sólo después los copiaba por separado, según él mismo indica al principio de su propia colección manuscrita:

Escribí los romances tres veces; una al tomarlos de boca de los recitantes; otra, para ponerlos en este manuscrito; y otra, la copia que mandé a D. Ramón Menéndez Pidal, quien los va a incluir en el *Romancero General Español*, que hace tiempo lo está preparando ²⁷.

En efecto, Llano en sus cartas a Menéndez Pidal anuncia regularmente el envío de versiones de romances, o promete enviarlas más adelante. Las copias las hacía después de regresar de sus excursiones, y no siempre consigna las fechas de recogida; en otras ocasiones anotó datos erróneos, a juzgar por la datación de otros materiales de los mismos recitadores que figuran en los libros del propio Llano. En los inventarios de romances recogidos por Llano nos hemos servido, para fechar algunos textos, de los datos que figuran tanto en los libros sobre temas folklóricos delimitados (*Esfoyaza...*, *Cuentos...*, *Del Folklore...*) como de los que constan en su obra general, *Bellezas de Asturias*, que permite en gran medida reconstruir las encuestas de Llano en su secuencia geográfica y cronológica. En las listas hemos incluido algunos textos que no fueron enviados a Menéndez Pidal, pero fueron publicados por Llano con anterioridad en *El libro de Caravia* y, después, como cantos y juegos infantiles, o como ilustración a algún aspecto general en sus otras obras. Aunque creemos haber registrado de la forma más completa posible los materiales romancísticos allegados por Aurelio de Llano, es claro que para el inventario definitivo sería preciso el cotejo de las copias enviadas a Menéndez Pidal —que nos ha servido como fuente básica— con las del manuscrito de 1925, a falta de los cuadernos de encuesta, que posiblemente se conserven también ²⁸.

²⁷ M.^a Cristina GARCÍA ÁLVAREZ, art. cit., p. 423, con reproducción fotográfica de la primera página del manuscrito de Llano. El manuscrito está fechado en octubre de 1925 e ignoramos si se incorporaron en él las versiones recogidas después de esa fecha.

²⁸ M.^a Cristina GARCÍA ÁLVAREZ en su art. cit. de 1983, p. 426, anuncia la próxima publicación el ms. de Llano, franqueado por la familia del colector. Las listas a que aludimos, con el inventario completo de las encuestas de Aurelio de Llano, se publican en J. A. CID, *El Romancero Tradicional en Asturias. Su recolección en los siglos XIX y XX* (Madrid: U.C.M., 1991), I, pp. 272-292.

Hemos dividido sus encuestas por años, ya que todos sus textos, salvo los primeros, fueron obtenidos en campañas que obedecían al sistema de ir cubriendo progresivamente distintas áreas geográficas de la región. Los primeros textos a que aludíamos forman un pequeño conjunto, reunido entre 1917 y 1919. Se trata de versiones recogidas casi todas en Caravia, pueblo natal de Llano, tres de ellas dictadas por la propia madre del colector. El texto de mayor interés es un fragmento de *El enamorado y la muerte*, que posiblemente se fundía al romance de *La penitencia del rey don Rodrigo*, pero que en el estado en que lo anotó Llano en una carta a Menéndez Pidal es el único testimonio «autónomo» de la tradición de ese raro romance en Asturias ²⁹.

Las campañas folklóricas de Aurelio de Llano que resultaron más productivas para el Romancero fueron las de los años 1920 y 1921. La primera exploró la tradición de diversos concejos de la zona oriental, sobre todo Colunga, Ponga, Piloña, Cangas de Onís y Villaviciosa, y se añadieron algunas versiones de Tineo, facilitadas por las hijas del colector, y Avilés. Entre los 62 textos recogidos no abundan ya, como era fácil suponer a estas alturas de la exploración del Romancero en Asturias, las versiones que supongan una novedad absoluta en el repertorio de temas. Encontramos, con todo, en esta colección de 1920 las primeras documentaciones asturianas de algún romance de gran interés, como *El pastor desesperado* y de algunos vulgares tradicionalizados —*Los estudiantes y el alma en pena*, *Cristo mendigo y la posadera despiadada*, *El pastor defiende la honra de su hija*— que rara vez han vuelto a recogerse, o de pliegos modernos que a Llano, al contrario que a Menéndez Pidal, le llamaron la atención, como es el caso de *Espinela* ³⁰. Son también importantes los más de veinte textos de Ponga, concejo no explorado hasta entonces, con versiones muy completas de romances que suelen representar tipos propios en varios temas.

²⁹ El fragmento de Llano ha de añadirse a los otros escasos restos del romance documentados en Asturias (versiones de *La penitencia del rey don Rodrigo* recogidas en Muriellos, Bayo y Oviedo) de que trata D. CATALÁN, «El Enamorado y la Muerte. De romance trovadoresco a romance novelesco», en *Por campos del Romancero* (Madrid: Gredos, 1970), pp. 13-55.

³⁰ Llano alude al romance en carta del 13-VIII-1920: «¿Conoce Vd. el infame romance de Espinela? Por esta costa [de Colunga y alrededores] no hay vieja que lo desconozca; yo lo recogí por curiosidad.» En la misma carta se refiere al encargo que hizo a sus hijas de recoger romances en Tineo; encargo que pese a sus dudas tuvo resultados positivos: «Mis hijas están veraneando en Tineo y tienen el encargo de recoger romances. Como no entienden la manera de buscarlos no sé si tendrán éxito.» V. la siguiente carta, transcrita en texto.

En una carta del 21 de agosto Llano informaba del buen comienzo de su encuesta veraniega:

Ahí van 3 romances recogidos en La Riera [Colunga]. En este pueblo comencé a recoger elementos folklóricos a las 10 de la mañana; y a las nueve de la noche una mujer encendió una luz bajo un hórreo, y allí se reunieron los vecinos para contarme *cosas*. No dejó nada atrás. ¡Cuántas cosas quedaron fuera del Cancionero de nuestro amigo Torner!

La familia Morán sabe muchos cuentos y romances que aprendió de sus abuelos. Fui a una llosa donde Manuela estaba sacando patatas, y al mismo tiempo que trabajaba me recitó los romances que le remito [...].

Mis hijas me escriben de Tineo, diciéndome que han recogido una versión de *Delgadina* y otra de la *Cautiva*, y que piensan recoger más.

En esta costa son conocidísimos los romances de *Espinela*, *Rosaura del guante* y *Rosaura del tronco*.

Después de su excursión a Ponga escribía aún más entusiasmado, por la cosecha folklórica y por el paisaje, y añade algunas deducciones etnográficas y lingüísticas de interés:

Llegué ayer noche de mi expedición; vine destrozado de andar por los montes a pie y con un sol abrasador. No fui a los Picos de Europa; cambié de idea y exploré el concejo de Ponga. Fui a las majadas y dormí en las cabañas con los pastores; un pastorcito me recitó más de seis romances [...].

Anduve hasta seis horas por los montes para ir de un pueblo a otro. No hay nada más grande que estas montañas vírgenes, pobladas de árboles, lobos, osos, ardillas, águilas y buitres. ¡Qué poesía musical más hermosa se oye en aquellas inexploradas foces! Una buena parte de la mejor melodía está por recoger.

En cada majada y en cada pueblo dejó un corresponsal provisto de libretas, lápiz y sellos de correo para que me envíe las cosas que recoja [...].

Encontré más romances que cuentos; traigo una versión de Gerineldo y otra de la Boda estorbada; total unos 14 ó 16 romances.

Recogí los juegos infantiles, contradanzas, cantares, adivinanzas, y una colección de voces muy bonitas; éstas y los romances ya se los enviaré en cuanto tenga tiempo para sacarlos de entre los otros elementos folklóricos. Muchas adivinanzas no serán publicables; son demasiado picarescas [...].

En cambio hay menos cuentos de curas que en los pueblos de la costa; pero, en cambio, la religión, según pude observar, está bastante descuidada. Los curas trabajan poco.

En el concejo de Ponga predomina el tipo rubio, de ojos azul claro, es alto y fuerte. En este concejo hablan muy bien, la pronunciación es muy dulce y en el acento se percibe, aunque ligeramente, cierta modulación castellana; dicen *elli* y *ñon*, pero no dicen *vos* y *nos* como en algunos concejos de la costa.

La primera quincena de octubre, si el tiempo lo permite, exploraré el concejo de Caso. En esa época están los pastores en las colladas con el ganado encorralado

y pasan el tiempo contando cuentos; yo iré a escucharlos. Me propongo batir el record a los profesores norteamericanos ³¹.

Más abundantes aún, para el Romancero, fueron los resultados de las encuestas del año siguiente. En su campaña de 1921 Llano recorrió gran parte de la provincia en distintas excursiones que a veces duraron más de un mes. Remitió a Menéndez Pidal algunas versiones de concejos orientales (Peñamellera Alta, Llanes, Caso, Ponga), pero el grueso de materiales son del Occidente interior (Ibias, Allande, Grandas de Salime, Tineo), de la costa (Cudillero), y el centro o sur de la provincia (Candamo, Belmonte, Teverga, Somiedo, Riosa, Morcín, Quirós). En las más de ochenta versiones que pueden adscribirse a esta campaña, junto a textos notables de romances de no fácil hallazgo en Asturias como *El falso romero*, *La Serrana de la Vera* (de la que Llano recoge en Somiedo la primera versión del tipo «leonés»), *La esposa de don García*, *Santa Iria*, *La pastora probada por su hermano*, *El zapato de Cristo*, etc., destacan algunas composiciones del romancero infantil, por lo general muy desatendido, que entre otros textos varios proporcionan el único resto documentado en Asturias del tema de *Isabel de Liar*. Abundante también fue la recogida de romances religiosos que proceden de Vidiago, en Llanes, y Teverga; y de romances vulgares tradicionalizados poco frecuentes: *La renegada de Valladolid*, *El cordón del diablo*, entre otros, y dos textos curiosos que suponían novedad absoluta en el repertorio asturiano: *Los suegros burlados* y *La vida de los pastores*.

A fines de 1921 Llano daba por terminadas las «investigaciones folklóricas» de campo, y aunque pensaba hacer en el futuro alguna salida más lo veía difícil por el momento ³². Desde 1922 a 1924 dedicó Llano su atención a ordenar sus materiales y a redactar los tres libros que ya hemos mencionado. Disminuyen así los envíos de versiones a Menéndez Pidal en los años siguientes a 1921.

En 1922 registramos sólo cinco versiones, recogidas en parte por las hijas de Llano en Oviedo, y sin seguridad absoluta en su fechación; aun así esta pequeña serie registraba las primeras versiones de dos romances vulgares: *Cristo maltratado por unos jugadores*, recogido en Colunga, y *Bernardo de Montijo*, de Cudillero. En 1923 Llano realizó una nueva excursión en la zona oriental y remite a Menéndez Pidal una veintena de textos, recogidos en su mayoría en el concejo de Cabrales (Arenas, Tordín, Carreña, Bulnes) y en Oceño (Peñamellera Alta). Entre ellos figura la primera versión asturiana de *La loba parda*, y la de un curioso romance vulgar: *La*

³¹ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 12-IX-1920 (AMP).

³² A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 11-XII-1920 (AMP).

madre que entrega su hija al diablo. Otras dos decenas de versiones remitió Llano en 1924, obtenidas casi todas ellas en una sola localidad, Zureda, en el concejo de Lena, con textos muy completos y bien recitados de varios romances. Menor fue la actividad romancística de Llano en 1925 limitada a cinco textos de Pola de Allande y Besullo. Algunos textos religiosos de Lastres (Colunga), sin fechar y sin datos que nos permitan adscribirlos a una campaña determinada, los hemos agrupado junto con dos versiones sueltas de Luarca y Caravia. Los creamos recogidos entre 1920 y 1926.

Las últimas aportaciones de Aurelio de Llano al Romancero de Asturias son ya de los años 1932 y 1933, y limitadas a dos cortas series de versiones recogidas en Bezanés, Caso, y en Asiego, Cabrales.

* * *

En conjunto, la labor de Llano supuso la aportación individual al Romancero asturiano más rica que se ha realizado hasta la década de 1980. Ello es tanto más digno de notar si se advierte que el Romancero no fue para él un género al que dedicase atención prioritaria. Aurelio de Llano ha sido sin duda alguna el más activo, si no el mejor, investigador de campo con que ha contado la cultura tradicional asturiana en casi todas sus facetas. La labor de recogida de materiales folklóricos realizada por Llano se extiende a prácticamente toda la provincia y, también en el campo del Romancero, la amplitud y dispersión geográfica de lo recogido por él proporcionan una representación de conjunto de la tradición oral de la región con la que hasta entonces no se contaba. Hemos dejado constancia aquí de algunas de sus limitaciones como folklorista, y, más específicamente, como colector de romances. Ello no resta mérito alguno a la labor de Llano, que reunió su colección con irreprochable fidelidad y en condiciones a veces difíciles, como describe gráficamente en la correspondencia con Menéndez Pidal que, en parte, hemos transcrito. Es más, Llano supo hacer de la necesidad virtud y sus mismas limitaciones se convirtieron a veces en el mejor acicate para espolear su actividad. La buena opinión que tenía de sí mismo y la idea de que nadie mejor que él podía hacer lo que él estaba haciendo por el folklore de Asturias se manifiestan de forma un tanto pueril, por ejemplo, al tener noticia de posibles competidores en el campo:

¿Cómo se arreglará el profesor norteamericano? Yo que soy del país y conozco las *zunas* de la aldea, a veces encuentro con algunas dificultades, claro está que son pequeñas.

Supongo que los norteamericanos no vendrán a Asturias. Ya que ningún extranjero pudo conquistarla por las armas, que no la conquisten con las letras y nos lleven el Folklore.

Recibí dos o tres cartas pidiéndome un ejemplar de *El libro de Caravia* para Rodríguez Marín. Seguramente que lo quiere para fusilarlo. Desde que encontré en Occidente a dos personas copiando cantares de los libros de Asturias, para el Sr. Marín, estoy indignado. Que ande uno recorriendo las montañas en busca de elementos folklóricos para que uno que se pasea por la Castellana copie estos elementos es el colmo. Algo de esto ocurre con la arqueología; tiene uno que trabajar casi en secreto para que no le birlen el trabajo ³³.

Aparte las suspicacias del folklorista aquejado de localismo, no se ve qué motivos de recelo o indignación podría haber en que un norteamericano, con seguridad A. M. Espinosa, recogiera cuentos en España —incluida Asturias— con apoyo del Centro de Estudios Históricos ³⁴; ni en que Rodríguez Marín en una obra de carácter general, los *Cantos populares españoles*, incluyese materiales ya publicados o solicitase ayuda a distintas personas (una de ellas fue el poeta, y folklorista de Luarca, Casimiro Cienfuegos, y a él se debe aludir en el intemperante párrafo de Llano) para aumentar su documentación. Pero, sin duda, el propio individualismo a ultranza de Llano, que le llevaba a no utilizar apenas materiales ajenos, y que a menudo hubieran sido pertinentes para varios de los temas que trató, se tradujo en un mayor entusiasmo y actividad para lo que estaba mejor dotado, es decir la recogida de datos sobre el terreno.

De forma similar, Llano consideraba retrospectivamente como un hecho positivo su falta de «cultura», es decir de lecturas y estudios previos, cuando se lanzó a sus empresas folklóricas:

Me alegro mucho de no haber leído cuentos antes de escribir mi colección; así escribe uno sin prejuicios. Yo creo que el folklorista ideal es el que conoce la psicología de la región donde trabaja, sin que le pese la cultura; que interprete bien las cosas y después que las compare ³⁵.

³³ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, cartas de 21-VII-1920 y 20-II-1922 (AMP).

³⁴ Sobre la misión de este folklorista en España, desde julio de 1920 a enero de 1921, cf. A. M. ESPINOSA, «A Folk-Lore Expedition to Spain», *The Journal of American Folk-Lore*, XXXIV (1921), núm. 132, pp. 127-142. Espinosa informa de que la práctica totalidad de versiones de cuentos asturianos que obtuvo formaban parte de una colección que le facilitó Menéndez Pidal. Esos doce cuentos procedían de Llamo (6), Llanuces (3) y de lugares no identificados (3), y habían sido recogidos, probablemente, por Eduardo Martínez Torner.

³⁵ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 23-I-1924 (AMP).

Cualquier etnógrafo o estudioso actual no estaría tan convencido de que el prescindir de lo ya escrito garantice la ausencia de prejuicios. Es más, el propio Llano mientras preparaba y ordenaba sus colecciones de cuentos y mitos —y ya antes, en la misma fase de recogida— procuró informarse y leer todo cuanto pudo, según lo muestran sus cartas a Menéndez Pidal. En el caso del Romancero, su criterio de atenerse antes de nada a lo recogido por él mismo y sus insuficiencias teóricas a propósito de la literatura oral, llevaron a Llano a deducciones erróneas. Por ejemplo, al escribir ya en 1921 que «esta rama del folklore, en Asturias, creo que está bien *demostrada*»; más explícito aún unos años después, Llano pensaba que no quedaba mucho por recoger:

Creo que está explorada toda la provincia; es más, creo que no habrá provincia en España más explorada que ésta ³⁶.

La segunda afirmación era cierta sin duda alguna. No la primera, evidentemente, si por explorar se entiende recoger de forma exhaustiva todos los temas romancísticos y tipos distintos presentes en una tradición regional. Así lo han puesto de manifiesto encuestas recientes realizadas en algunos de los mismos concejos visitados por Llano, en donde aparecieron varios romances de gran importancia no recogidos por Llano y hasta entonces desconocidos en Asturias, además de variantes tipológicas, por no hablar de las discursivas o poéticas, en los romances ya conocidos, no documentadas por Llano ni los colectores que le precedieron.

Puede resultarnos paradójico que «el más activo investigador de campo con que ha contado la cultura tradicional asturiana», como lo hemos descrito poco más arriba, fuese un hombre sin aficiones literarias conocidas ni estudios filológicos en su haber. Llano procedía de un campo muy distinto, la técnica y la construcción fabril, y su llegada a la etnografía se produjo tarde, sobrepasados ya sus cincuenta años de edad. Pero este contemporáneo riguroso de Menéndez Pidal aportaba a la etnografía asturiana un sano positivismo, unido a una curiosidad sin límites por todo lo que se refería a su región, a una capacidad de observación que no es habitual, y a una idea clara de lo que deseaba realizar.

A todo ello debe añadirse un entusiasmo que no le abandonó en sus últimos años. Cuando Llano pensaba reeditar con adiciones alguno de sus libros y dedicaba sus esfuerzos al Vocabulario del bable que hacía años preparaba, le sorprende en Oviedo la insurrección revolucionaria de octubre de 1934. La reacción de este cumplido sesentón ante los acontecimientos

³⁶ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 24-IV-1927 (AMP).

es la antítesis de la que veremos en Cienfuegos; en lugar de los clamores del «Dies irae» entonados por el poeta de Luarca, Llano decide observar lo que ve y consignarlo por escrito, como si se encontrase en una expedición de campo más. Y de lo que observa y apunta tiene que surgir, naturalmente, un libro. Una vez más se dirige al amigo que le había impulsado antes en tareas de índole muy distinta, y escribe a Menéndez Pidal informándole de sus proyectos en una carta donde le trata con la familiaridad que sólo un hombre de su misma generación, y de las características de Aurelio de Llano, podía permitirse. Transcribimos completa esta última carta, que tal vez nos muestre mejor que ninguna otra la personalidad de quien la escribió:

Mi querido amigo: Aunque me dieron por muerto durante la revolución, todavía tengo vida para rato.

Presencí la mayor parte de los sucesos parapetado a 25 metros de altura detrás de una cornisa, desde la cual abarcaba con la vista la mayor parte de la ciudad y sus alrededores. Día por día, y hora por hora, tomé nota de todo lo que iba sucediendo. ¡Qué cosas he visto! Cuando estalló el Instituto, estaba yo precisamente mirándolo con los prismáticos; de pronto vi una llamarada y en seguida dos detonaciones formidables. Por poco me mato por bajar del tejado. En mi casa entró una piedra de unos 15 kilos, rompió la techumbre, un piso y cayó encima de una cama. No había nadie en ella.

Los cañonazos, las ametralladoras, las bombas de mano y los paquetes de dinamita producían un ruido infernal. La escena era iluminada por los incendios de los edificios.

Estoy escribiendo un libro sobre la revolución en Oviedo y su concejo, para lo cual cuento con lo que yo he visto, y con las notas que tomé directamente de las fuentes oficiales. La autoridad militar ordenó que se me den los datos que pida de los diarios de operaciones.

El libro llevará fotografías de los principales edificios incendiados; y si puedo, también daré un plano de Oviedo, en el cual señalaré con líneas el cerco de la ciudad por los revolucionarios, y los puntos ocupados por las fuerzas leales.

No haré más que narrar los hechos imparcialmente, sin meterme a comentarista.

Quisiera un prólogo de un académico de la Historia y no sé a quién dirigirme para pedirselo. Le mandaré las capillas y por ellas verá si merece un prólogo. El asunto me parece a propósito para lucirse un historiador.

Ahí va el caxonín de mazanes. Son de las pocas que hay. La revolución me impidió mandárselas a principios de octubre, que las había buenas. Los miles de revolucionarios que invadieron este concejo no dejaron gallinas, terneras, manzanas, ni fabes, ni nada. Se lo comieron todo.

El libro me retrasa algunas semanas la continuación del Vocabulario. Cualquiera sale ahora a buscar voces bables. En las montañas todavía siguen grupos de mineros armados haciendo frente al ejército. Algo así como aquellos astures que, en tiempos de Nerón todavía no se habían rendido, se resistían en las montañas

contra dos legiones. Pero estos de ahora son más bárbaros y luchan para destruir el suelo donde nacieron ³⁷.

El libro se publicó el año siguiente y es, en efecto, una crónica día por día de los sucesos de octubre. El afán observador de Llano rayaba a veces en la inconsciencia y llevó al «cronista» a correr peligro en más de una ocasión. Al entrar las fuerzas de Yagüe en la ciudad:

Estoy en mi atalaya mirando con los prismáticos hacia la estación del Norte, y de pronto oigo gritar a varios vecinos en la calle:

—¡No tiren! ¡No disparen!

Vuelvo la cabeza, y abajo, a ochenta metros de mí, detrás de la verja del hospital, veo a dos moros apuntándome con el fusil, y me dicen que baje, que me llama el teniente coronel Yagüe.

Bajé. Y un morazo, armado de fusil, me llevó ante el jefe, que estaba a la puerta del hospital rodeado de los médicos, todos conocidos míos. Yagüe me preguntó:

—¿Que hacía usted sobre aquella casa?

—Tomar notas.

—Pues, si en vez de estar usted tan próximo a la fuerza, está a doscientos metros, cae usted muerto. Ya me han dicho estos señores quién es usted.

Y mandó a un legionario que me acompañara hasta la calle. Confieso que cuando vi a los moros apuntarme con el fusil, tuve bastante miedo ³⁸.

Aurelio de Llano, que, al contrario que Cienfuegos, se definía como «imparcial» y no estaba afiliado a ningún partido político, no dejaba de tener sus ideas propias sobre las raíces sociales del conflicto que le tocó presenciar. Lo mismo que Juan Menéndez Pidal cuarenta años antes, veía en las encíclicas de León XIII la mejor explicación posible de la ruptura del «equilibrio social»: incremento de la industria; alteración de las relaciones entre patronos y obreros; fortunas individuales y pobreza de las masas, etc. ³⁹. Su «imparcialidad» no evita que un bando sea nombrado como «fuerzas leales» y el otro tildado de «revolucionarios», «rojos» y «bárbaros»; pero aun así veía posible el diálogo con los sublevados y se acerca a ellos cuando su instinto de encuestador le dice que puede aproximarse sin peligro:

En la calle hay dos revolucionarios armados de mosquetón. Los miro con prismáticos, y su cara me dice que se puede hablar con ellos. Me decido a salir, y les pregunto:

³⁷ A. de Llano a R. Menéndez Pidal, carta de 27-XI-1934 (AMP).

³⁸ A. de LLANO, *Pequeños anales de quince días. La Revolución en Asturias: Octubre 1934* (Oviedo, 1935), p. 103.

³⁹ A. de LLANO, *Pequeños anales...*, pp. 87-88.

—¿Cómo marcha la revolución?

—Así, así —me contesta uno de ellos. Estamos algo desconcertados; anoche, en aquella esquina, un camarada se confundió y nos arreó dos tiros de escopeta; un camarada que estaba a mi lado cayó muerto, y a mí me dio una perdigonada en esta pierna. Mire usted.

Y me enseñó la pierna envuelta en un trapo empapado en sangre. Luego añadió:

—Estamos deshechos de tanto luchar; y lo que nos queda todavía [...]. Vea usted qué ropa y qué zapatos traemos nosotros.

Cierto. Traen mala ropa y el calzado medio deshecho [...].

—Vámonos, que nos espera el jefe —dijo el otro.

—Sí, vámonos. Vaya, que usted lo pase bien. Salud.

—Adiós ⁴⁰.

Los alzados en armas son vistos, al menos, como seres humanos próximos. Aunque se detiene en describir morosamente la catástrofe que para el patrimonio cultural de Asturias suponía la destrucción de la Cámara Santa, y evalúa los daños de cada una de las piezas, o de las bibliotecas públicas de la ciudad, los «bárbaros» no dejaban de ser asturianos, y, en cambio, entre los libertadores había moros, o «morazos», ante los cuales Llano no oculta sus recelos atávicos. Todo ello muy distinto a la actitud de Cienfuegos, para quien el «moro amigo» era mil veces preferible al «renegado izquierdista» que había profanado la Arcadia.

Ya hemos visto que Llano establecía un automático paralelismo entre los revolucionarios insurgentes refugiados en las montañas y los últimos astures que se resistieron a las legiones romanas, aunque después hiciera sus distingos. También el ataque de los revolucionarios en Vega del Rey le hace anotar el texto con un «la historia se repite», recordando cómo los asturianos se enfrentaron en 1809 a las tropas napoleónicas en ese mismo valle. Llano no estaba dispuesto a renunciar a su concepción de Asturias como una entidad permanente en ciertos rasgos básicos de su identidad desde los tiempos de Estrabón a los suyos; y probar que ello era así es uno de los móviles fundamentales de toda su obra como folklorista ⁴¹.

El otro móvil fue la indudable afición de Llano a revivir a través del folklore su propia infancia y juventud, y la satisfacción personal que extrajo de trabajar en algo que sabía útil para otros, a la par que se divertía «en

⁴⁰ A. de LLANO, *Pequeños anales...*, p. 94.

⁴¹ La búsqueda de esas continuidades de largo alcance es una constante en la obra de Llano; como ejemplo adicional cf. el siguiente párrafo en una de sus cartas: «Cuando un individuo [en el Occidente de Asturias] tiene cierta enfermedad, lo sacan a un camino para que el primero que pase por allí le diga un conjuro. Como en tiempos de Strabón», A. de Llano a R. Menéndez Pidal, 11-XII-1921.

grande», como confesó a Menéndez Pidal. Al terminar de copiar su colección de romances, Llano ponía su rúbrica:

Pasé horas agradabilísimas recogiendo romances y cantares en las majadas de los pastores, en los valles floridos y en las poéticas quintanas. ¡Cuánta poesía popular recogí! ¡Qué satisfecho estoy de mi obra!⁴².

El que se aproxima actualmente a la obra de Llano podrá tener sus reservas ante las exhibiciones continuas de esa autosatisfacción, y tal vez agradecería una mayor contención y distancia que difuminase algo más la omnipresencia del observador respecto a lo observado. Pero esas reservas no le impedirán, en ningún caso, reconocer que Aurelio de Llano tenía buenos motivos para decir lo que dijo: «¡Qué satisfecho estoy de mi obra!». Una vez más Llano quebrantó con toda naturalidad un tabú, el de la modestia —falsa tantas veces— del investigador; y ello contribuye a hacérselo más próximo y simpático que tantos otros etnógrafos que supieron ocultar más discretamente su ego, sin dejar por eso de revelarse como personas solemnes o despectivas ante las culturas tradicionales que estudiaron. Vicios esos, la solemnidad y el desprecio ante su objeto de estudio, en que no incurrió nunca, pese a toda su mucha prosopopeya, don Aurelio de Llano Roza de Ampudia y de Valle.

JESÚS ANTONIO CID
Seminario Menéndez Pidal
Universidad Complutense de Madrid

⁴² M.^a Cristina GARCÍA ÁLVAREZ, art. cit., p. 423.

Aurelio de Llano (1868-1936) fue uno de los folkloristas y etnógrafos más importantes con que ha contado el estudio de la cultura tradicional asturiana en este siglo. Su mérito radica especialmente en la intensidad y amplitud del trabajo de campo que realizó en la década de 1920. En este artículo se intenta ofrecer una panorámica general de su obra como folklorista. A la vez, se reconstruye el proceso de elaboración de sus principales libros, según puede seguirse a través de la correspondencia —muy copiosa— de Llano con Ramón Menéndez Pidal. Especial atención se dedica a sus aportaciones al conocimiento del Romancero tradicional en Asturias. Por último, intentamos trazar una semblanza de la personalidad humana de Llano, en la medida en que ésta condicionó, positiva o negativamente, su labor como estudioso de la cultura popular.

Aurelio de Llano (1868-1936) figures among the most important folklorists and ethnographers in 20th-century studies on traditional Asturian culture. Llano's stature is especially enhanced by the breadth and intensity of field work he conducted during the decade of the 1920s. The present article offers a general overview of his published work as a folklorist. A survey of his extensive correspondence with Ramón Menéndez Pidal helps to reconstruct procedures that led to Llano's principal publications, most notably those in which he made significant contributions to our understanding of the traditional balladry in Asturias. Finally, this article evaluates certain aspects of Llano's personality that affected, both positively and negatively, his dedication to the study of popular culture.